

Spínola, en Valladolid

Las autoridades españolas han sido siempre muy cuidadosas en que los exiliados políticos de otros países no ejercieran desde aquí actividades políticas, según una doctrina que es básica para cumplir otra que parece absolutamente necesaria de realizar, como es el derecho de asilo. Incluso las autoridades españolas han sido extremadamente suspicaces al considerar las actividades políticas de españoles en otros países. Sin embargo, parece que el general Spínola y los portugueses de derechas que conspiran contra el régimen de su país han debido burlar la vigilancia española. Se dice que Spínola ha pasado más de una vez clandestinamente la frontera de Portugal desde España: parece lógico que si ha conseguido burlar la vigilancia portuguesa haya podido también burlar la española. Sin embargo, no ha necesitado tanta clandestinidad para celebrar una reunión, cerca de Valladolid, con unos sesenta militantes de la derecha. Muchos de ellos residen ya en España y forman parte de organizaciones mili-



Antonio Spínola.

tantas, como es el Ejército de Liberación de Portugal, que ha sido ya denunciado por la prensa portuguesa y extranjera. En unas declaraciones hechas por estos militantes en España a Flora Lewis, del «New York Times», aseguran que realizan aquí sus actividades con discreción «para no crear problemas a las autoridades». Nótese bien que la frase no dice «para no tener problemas creados por las autoridades», sino a la inversa. Según Flora Lewis, estos militantes editan un periódico, «Liberación», desde luego clandestino, en el que se dan instrucciones acerca de cómo utilizar y fabricar cócteles Molotov y recomiendan la utilización de armas «simples», como «barras de hierro, palos, cadenas de bicicleta y especialmente una amplia provisión de cócteles Molotov, el arma ideal para la guerra urbana de guerrillas». Uno de los aliados, que se hace llamar «Peres», ha declarado que controlan «algunos puntos fronterizos», pero dicen que cualquier idea de invasión es perfectamente estúpida.

Los peligros de Angola

No podía haber elegido el Presidente Ford para su año electoral un tema más inoportuno que el de Angola: en su país se advierte el riesgo de una nueva guerra de Vietnam —que tendría un final parecido—, quizá de una guerra continental —en África— y hasta de un conflicto mundial. Esta última idea debe ser desechada. No tiene consistencia. Pero el enfrentamiento directo y armado de Estados Unidos en la Angola independiente, por medio de sus «consejeros» y de sus armas, puede retrasar la coexistencia. En realidad, es un acontecimiento con todas las características de una segunda guerra fría. La extensión de las zonas de gobierno de Agostinho Neto, al que combaten los Estados Unidos —y China, su aliada antisoviética—, y al que ayuda la URSS —«Pravda» lo ha declarado abiertamente—, puede llegar a terminar con el conflicto del poder legal: muchas naciones le han reconocido ya, y es posible que la reunión de la Organización de Unidad Africana, que se está celebrando en estos momentos, la mayoría de naciones admitan a Agostinho Neto como Presidente legal. Ello dejaría a Estados Unidos en una posición poco confortable, con una acentuación mayor de su imagen de ayuda a causas impopulares, puesto que la de Neto lo es no tanto por sí mismo como por la calidad de sus adversarios, que son los países racistas Rhodesia y África del Sur. Precisamente el Comité contra el Racismo del Senado de los Estados Unidos lo ha advertido ya así, incluso con la expresión directa de que la intervención soviética es una respuesta a la de Estados Unidos, y no al revés. Este tipo de declaración puede tener mucha importancia en la opinión pública de los Estados Unidos y, repetimos, este es el año electoral para Ford.

El Movimiento Popular para la Liberación de Angola, que es el de Agostinho Neto, parece tener la mayoría del país a su lado. Sus conquististas militares son por ello —más que por la ayuda extranjera— rápidas y fáciles. Ello puede poner un punto final a la guerra civil, pero no a la acción de las guerrillas y a las manipulaciones políticas que continuarán realizando los Estados Unidos y China, y a todo lo que se está preparando desde los países de dominio blanco en África.

El invierno romano de Dolores Ibarruri

Aunque aún no era invierno, las humidades del Tiber lo prometían, perlando de tarde húmeda la alfombra de hojas secas, aún doradas, como láminas arrancadas al ocre de las fachadas encaramadas contra el crepúsculo. Y en las fachadas, pasquines de memoria y apoyo al camarada Pasolini firmados por el Partido Comunista Italiano, responsabilizado hasta después de la muerte de uno de los izquierdistas más incómodos que en el mundo han sido: rebelde de cuerpo y alma, en el seno de una izquierda latina más preparada para asimilar las rebeldeas del alma que las del cuerpo. Junto a los pasquines dedicados al poeta de las cenizas de Gramsci, Pasolini, el artista que, en mi opinión, más arduamente ha forcejeado por hacer realidad artística las teorías estético-políticas de Gramsci, otros carteles ocupados casi enteramente por una cabeza de anciana, con el pelo

blanco recogido a manera de moño de abuela hispánica, ojeras de tiempo o tal vez de primavera, porque las ojeras son flores de experiencia o de deseo que crecen en torno de los ojos de las mujeres, bien porque han amado mucho o bien porque esperan amar aún mucho más.

Los carteles anuncian el homenaje que va a recibir la octogenaria Dolores Ibarruri «La Pasionaria» en el Palacio de los Deportes del Eur, el barrio megalómano preconcebido por Mussolini, un homenaje que contará con la oratoria de Luigi Longo, Santiago Carrillo, Enrico Berlinguer y la propia Dolores, la propia «Pasionaria». Horas después la conocería. Acudí a la rueda de prensa del hotel Leonardo da Vinci, y en una carambola de presentaciones y representaciones, Carrillo me la puso delante y me anunció, por si hiciera falta, esta es Dolores. «La Pasionaria» repetía una y otra vez: **Con el miedo que me dan a mí los periodistas.** No lo pareció minutos después. Las cámaras de televisión, los micrófonos, las cuartillas y los bolígrafos, las voces, conformaron un cerco acudido por esparadicos «flashes» en torno a la mesa que presidían Sagre (responsable del PCI de contactos exteriores), «La Pasionaria» y Carrillo. Dolores contestó a todo lo que se le preguntó.

Carrillo es el que habla de política. Es un hábil centrocampista, un correcto delantero y un contundente defensa. Se nota cuando despeja a bote pronto la pregunta de la corresponsal de Pueblo sobre supuestas responsabilidades criminales de los comunistas durante la guerra civil. Carrillo se levanta, su francés se hace más alto, más duro. «La Pasionaria», a su lado, se reserva. Las visperas de actuaciones públicas son para ella verdaderos tormentos psicológicos, como si fuera un torero a la espera de la corrida. Se ha refugiado en una casa situada en las afueras de Roma y prepara el discurso del día siguiente, sin apenas salidas, una para esta rueda de prensa y finalmente otra para recibir el homenaje del democristiano alcalde de Roma, para saludar a unos cuantos españoles a los que les preguntó: ¿Hay alguno de mi pueblo? ¿Sabéis canciones de mi tierra? Sabían canciones vasca y las cantaron, mientras una «Pasionaria» en pie, pulcra, de negro, iluminada por la blancura de su piel y el plateado de sus cabellos, musitaba la canción.

Y al día siguiente, la fiesta. Desde el día anterior, tres mil militantes del Partido Comunista Italiano habían montado un servicio de vigilancia en torno al Palacio de los Deportes para evitar cualquier atentado. El acceso a las localidades pasaba por seis o siete filtros de jóvenes tajantes en su cometido, radicalmente responsabilizados. Las veinte mil localidades se llenaron como a oleadas de un público abandonado y apancartado, curiosamente apancartado, con respeto, sin un insulto a nadie, pancartas peticionarias, pancartas que proclamaban la procedencia militante o geográfica de los reunidos. Unos dieciséis mil italianos del PCI y del Partido Socialista. Unos cuatro mil españoles de la emigración política y económica, bulliciosos. La noche anterior fuimos sorprendidos en una «trattoria» por Pajetta, uno de los combatientes en la Brigada Garibaldi. Este torbellínico y simpatísimo Pajetta, hermano de Giancarlo Pajetta, la segunda figura del PCI, aparece tras la todavía mesa de la presidencia. Ahora está grave. Se cruza con Mario Soares, que acude al acto dispuesto a sentar plaza de izquierdista, y junto a Soares, decenas de delegaciones del mundo entero, comunistas, socialistas, demócratas por lo libre o por lo unitario. Un impresionante respaldo a la mesa presidencial.

Flamean las banderas agitadas por brazos incansables. Se tensan las cuerdas vocales hasta el estallido: ha aparecido la Ibarruri, junto a Berlinguer, Carrillo, el comandante Carlos, Nenni, Luigi Longo, Calvo Serer, José Vidal Beneyto, Ignacio Gallego, Manuel Azcárate, Santiago Álvarez y otros dirigentes españoles o extranjeros, cuyos rostros o nombres no me dicen